

Sady Zañartu

Clima moral de la vida de Lastarria



LEJOS ya de aquel siglo XIX en que vivió don José Victorino Lastarria, y en medio del envilecimiento cultural y moral de nuestra época, hay algo de un destino conmovedor para el sentimiento de la democracia en América, en estos momentos en que se conmemora la muerte del gran escritor y pensador de la reforma liberal, acaecida hace cincuenta años. A las 8.45 de la mañana del 14 de junio de 1888 deja su fatigado cuerpo de luchador, a la edad setenta y un años, camino su espíritu del Dios de la Verdad que él tanto amara. A esa hora comienza en la cordillera andina el pálido reflejo de un sol de invierno a dar su calor de vida, lejano y deseado calor de los viejos, que se levantan temprano con una vibración de juventud. El que se marcha es uno de esos viejos predestinados que en el drama de la emancipación del espíritu representa una potencia que escoge, el calor radiante que trae en un mundo en evolución la fuerza biológica y la competen-

cia natural para decir «nuestra palabra» en las cosas terrestres.

Y él es quien la dice y la enseña a decir y por decir la con sabiduría se le consagra maestro de generaciones. Niño aprende la palabra libertad. Hombre exalta la palabra democracia. Y en toda su vida la palabra probidad. Por eso no sólo llega hasta nosotros sino que se prolonga hacia el porvenir, como en el pasado siglo, con su esperanza de racionalista que cree en el progreso del hombre, porque ha aceptado implícitamente que el hombre es bueno.

Lastarria, hoy como ayer, aparece sólo en nuestro escenario sobre los escombros idealistas del siglo XIX. «El hombre solo» (1) lo he llamado en una reciente biografía, porque sin más fe que la de la juventud que le sigue, muchos de los otros, los que fueron sus compañeros y condiscípulos, se han apartado temerosos del que tiene el don de juzgar y de criticar. Pero el maestro sabe que ese don debe emplearlo, mientras viva, porque para él la vida no es un azar que le garantiza esta competencia intelectual de que sólo la muerte va a libertarlo.

El azar de su causa se convierte en ventura sobre el porvenir, y resulta bien curioso comprobar que el juicio de un muerto se halla aún en la posibilidad de tomar partido, no porque no sea difícil imaginar su actitud en nuestros días, sino porque su experiencia

(1) «Lastarria, el hombre solo». Editorial Ercilla.

intelectual sigue siendo competente en el más acá. Este acercamiento a nuestra época es lo que hace vivo y humano a don José Victorino Lastarria y remueve a que se le odie y combata aún por sus adversarios de ayer y de hoy.

Sus primeros estudios en el Liceo Chile, las persecuciones a su maestro, don Joaquín de Mora, la disciplina del espíritu que le hablan del sentimiento de la dignidad, su conocimiento de los filósofos de la libertad, todo le hace pensar en una disposición social adecuada al progreso democrático, del cual se estaba separado en la República del año 1836. No tiene ejemplos nuevos en qué inspirarse. Se vive una post-revolución, donde los que usufructúan de ella no son los héroes de la jornada emancipadora. Al entrar a actuar sufre el violento choque que causa en un espíritu joven y sano el predominio de la corrupción. «El despotismo de un Gobierno y un partido vencedor—dice más tarde—lo dominaba todo, y a su voluntad se plegaban todas las voluntades, todas las conveniencias sociales, porque nadie podía figurar, ni medrar, ni siquiera ser aceptado si no callaba, si no obedecía, si no seguía la corriente que imprimía la reacción colonial triunfante. Mi educación y mi pequeña ilustración, hasta mi carácter, me llevaban a burlarme de todo eso, a reprobar enérgicamente lo que miraba como malo, antisocial y retrógrado, a perseguir sin tregua la maldad y la debilidad culpable. Quería yo elevarme por otra escala, por el triunfo de la idea demo-

crática, pero me encaré con la sociedad». «La sociedad, dice Hein, es una república. Cuando el individuo quiere elevarse, la comunidad le rechaza con el ridículo y la difamación. Nadie puede ser más virtuoso y más diestro que los demás». «Tuve que luchar con el ridículo y la difamación y fui desde un principio burlón para evitar el ridículo y violento para suprimir la difamación. De aquí la susceptibilidad, el excesivo amor propio, el mal genio que me atribuyen y que, en general, no han sido en mí naturaleza, sino obra del cálculo y de la meditación, tal vez obra del hábito, pero no de un hábito vicioso e inveterado, porque me he convencido siempre que ha sido necesario y jamás me ha costado vencerme. En la prensa, en los debates parlamentarios he tenido que ser soberbio contra lo que me parecía que indicaba desprecio o ridículo, altanero contra el poder que pretendía avasallarme, dogmático y perentorio contra todo error, implacable contra los especuladores y traficantes de la moral y de la política».

En estas sobrias líneas se halla el trazo interior de su vida. Se le contempla solo, con un individualismo trágico para nuestros días, pero que entonces tenía todo el enterneamiento de las teorías morales de su siglo, impregnadas de dulce severidad y que son la cultura, el espíritu, el arte, el pensamiento.

Lastarria es hombre del «yo» y quiere para sí toda la responsabilidad de lo moral y lo razonable. No se desprende de su misión por el miedo o la angustia de

vivir; arrastra con su probidad la pobreza y recibe las claudicaciones de sus compañeros sin doblegarse a los halagos. Se pone frente a la desidia con su voluntad de libertad y de verdad. Lleva, conscientemente, su vida entregada a la cultura política y literaria de su pueblo en la acepción más elevada y más profunda del término. Hace del liberalismo un sinónimo de la cultura y lo opone a las pasiones de la brutalidad y de la pobreza humana.

Hay que crear un clima para la reconstrucción de la literatura nacional y americana y Lastarria lo afirma con la base democrática de la emancipación del espíritu. Se hace romántico para proclamar la libertad en el arte, que es efecto de la libertad política y civil. Es necesario en la pacata sociedad que se restablece al orden policial de la colonia, exaltar ante ella y el pueblo sin defensa, la devoción a la personalidad humana y el libre comercio del pensamiento. Portales había captado con malicia criolla el equívoco tan europeo de cambiar un rey por el símbolo de un Estado omnipotente. Fué una creación feliz para la familia pelucona, que no quiere perder su tradición, ni poner en vigilia la inteligencia. Ella prefiere en arte secar las fuentes de la inspiración y convertir la literatura en un frívolo pasatiempo o en una fácil y estéril imitación de los clásicos griegos y latinos, un consentimiento servil a las famosas reglas escolásticas de Aristóteles.

La nueva escuela se hace un instrumento eficaz para

ortigar la beata pachorra de los que prosperan bajo ese orden. Esos románticos no sólo se mantienen en el terreno de la literatura, sino que llevan la revolución a la vida misma. No les basta escribir románticamente, quieren vivir románticamente, tener emociones fuertes. Y es que la vida revolucionaria difiere de la vida normal en que todas las emociones se sienten más intensamente. El maestro de esta escuela, que es Lastarria, muestra mucho cuidado, porque no se desnaturalice la emancipación literaria, cuya ley fundamental es la Verdad, como pasa en la política al confundirse la libertad democrática con los abusos del derecho, o más exactamente servirse de esa democracia para destruirla. Si la nueva escuela no trasciende a la literatura como contribución propia, en cambio entra a las luchas parciales por la consolidación institucional y siembra inquietudes e ideales que perduran hasta nuestros días.

La actitud del maestro requiere un temple moral fuerte, una alta disciplina del espíritu y un sentimiento de democracia liberal tan puro para practicar ese socialismo, que tiene por fin elevar las masas que aun no se reconocen como pueblo, para que dejen de ser masas, instruyéndolas y aportándoles la ciencia, el arte, todos los bienes de la civilización.

Lastarria es el tipo perfecto del idealista de su época y hoy no podemos comprenderlo sino con enternecimiento. Pero esta expresión de voluntad y de verdad que él representa ¿no es también la encarnación misma de la disciplina moral? Los que no quieren seguir sus rum-

bos prefieren el Estado Omnipotente, unipersonal, donde es fácil perderse en el abuso del derecho y olvidar todo lo serio de una vida individual, cuando no se tiene el suficiente control de las pasiones. ¡Cuánto alivio resulta estar libre del pensamiento y de la responsabilidad personal! Pero algo vibra junto al maestro de purificado y bello. Es la generosidad de su gran alma. Tiene momentos de honda amargura y desolación, tiene consejos importunos y a ellos responde esa cosa íntima, afectiva de su sentimiento herido. No de otra manera podemos oírle estas palabras:

—Hoy me ha dicho don Andrés Bello: «Que mi energía en enseñar y proclamar ciertas doctrinas, que no son admitidas en Chile todavía, me han cortado el vuelo a una carrera brillante, a que estaba destinado, y que si quiero hacer el papel importante que no puedo menos de hacer, es preciso que allane esas dificultades moderando mis ímpetus». Pues exigen de mí hipocresía, egoísmo; seré hipócrita, egoísta; les daré más, mi odio, mi misantropía, pero no haré nada en beneficio de nadie, no trabajaré nada que no me deje lucro; seré uno de esos indiferentistas pícaros que no saben más que medrar a costa de los demás. No sé si mi carácter me ayude para esto, mucho lo dudo; imposible me será sacrificar mi patriotismo, mi religión, mi amor por la verdad, por todo lo bueno, lo bello y lo verdadero, pero a lo menos me encerraré en mí mismo, ya no viviré sino para mí mismo y mi familia.

Para aliviarse de los males no busca los remedios

de amor o los remedios místicos, sino que prefiere trabajar, «porque en el trabajo—dice a sus amigos que lo visitan y estimulan—hallo consuelo». Esta es la llama que va a mantener su agilidad mental hasta los últimos años de su vida, cuando piensa realizar «un viajecito de colegial» a Europa, que tanto anhela visitar y que el destino le burla siempre, para llevarlo a las regiones de que él tan sarcásticamente dice, en una de sus cartas a don Ambrosio Montt, «que los tontos desean para que se les haga justicia». El maestro, en la soledad de su trabajo, repite los versos de Goethe:

¿Dónde está el que pena,
llevando la carga que hemos llevado?

No los encuentra en su época. Y los que están más cerca se han retirado a mejores posiciones, donde se puede hacer ingenio y lucir talento, y embriagarse con el triunfo de la ingratitud. El amor por la cultura y la defensa de su libertad ya les parece absurdo y peligroso. Se han olvidado de por qué ellos mismos existen y escriben, de lo que significa perfección y penas individuales.

No es raro, entonces, que el maestro quede solo. Su virtud es superior al clima. «Si fuera capaz de tener ilusiones—dice—por el porvenir de la patria, no estaría sintiéndome triste y con todos los desengaños y la concentración de la vejez». Su afán idealista no puede perderse por el envilecimiento precipitado del

nivel político que nos trajo la riqueza imprevista, después de la guerra del Pacífico. «La causa única del mal—dice Lastarria—está en la falta de probidad de los pícaros que suben a los gobiernos y que no haya palabra libre para acusarlos y castigarlos». Las situaciones de grupos políticos, el personalismo entronizado para alejar de la marcha del Estado a los liberales honestos que fundaron la democracia, la llegada del capitalismo internacional y la entrada en los negocios públicos del gestor administrativo, todo se confabula para ensombrecer las preocupaciones del reformador. Lastarria comprende el drama que se avecina y exclama en su impotencia, dolorido: ¡«Me aturde la suerte de la patria, porque no veo hombres que la salven!».

No va a perderse su frase, ni su actitud romántica. Los escritores tienen ya un clima moral que les ha legado el maestro para sobreponerse a los obstáculos que los combaten en una minoría social y que ellos no sienten renacer frente a la otra, a la gran masa, que a medida que aclaran los horizontes, les exige hacerse pueblo para representar la pluralidad de las aspiraciones sociales.

Y todo esto, que nos parece tan de hoy día, lo dijo don José Victorino Lastarria en el Círculo de Amigos de las Letras, allá por un 23 de mayo del año 1869...